

el primero se considera, sencillamente, como una atracción más.

Yuxtapuesto a este documental hay otra especie de "documento" que también podría haber sido muy interesante en sí mismo: un anciano, ex cabaretero y que, por lo que cuenta, parece haberse dedicado también a la prostitución homosexual, cuenta su vida. Habla del pasado esplendor que conoció en sus años mozos, en contraste con su triste condición actual: vive en una chabola, comparte su comida con los perros y fríega lavabos para subsistir como buenamente puede. Parece que esta entrevista quiere cumplir un fin moralizante: mostrar, en oposición al colorista y abigarrado "music-hall", la "verdad de la vida" y las miserias en las que caerán los jóvenes descarriados que siguen por la senda del mal. Este planteamiento, amén de reaccionario, es poco honesto y está mal hecho: no parece que el caballero que nos muestran haya caído en la ruina precisamente por culpa de su escasa moralidad; suponemos que habrá para ello otras razones más serias, que nadie nos explica nunca.

Cada una de las partes en que se podría dividir esta película —salvo la aparición justificatoria de Amestoy— podrían haber sido interesantes, de haber estado realizadas con un mínimo de seriedad. Pero el querer utilizarlas de una forma oportunista, empleando como caballo de batalla un tema como el de la homosexualidad, que es tragedia para muchos y que merece un tratamiento profundo y riguroso —cualquier frivolidad sobre el tema no hace más que aumentar el confusiónismo imperante en la materia—, no sólo les priva de su valor, sino que convierte a la película de Alvaro Forqué en uno de los productos más deshonrosos e indignantes del cine español. ■ EDUARDO HARO IBARS.

MUSICA

Beethoven y los amigos del Teatro Real

En el último capítulo de *Contrapunto*, Aldous Huxley hace



Cuarteto Amadeus.

decir a uno de sus personajes, a propósito del "Cuarteto en la menor", de Beethoven: "No puede comprender una nada hasta que lo ha oído. Demuestra toda clase de cosas, Dios, el alma, la bondad, de modo irrefutable". Los Cuartetos de Beethoven son capaces de eso y de mucho más. Son capaces incluso de hacer que algunos —más de los que se esperaba— soporten durante seis días casi consecutivos, a razón de dos horas por día, la contemplación del horroroso telón del Teatro Real de Madrid.

Cuando para una buena parte de los consumidores musicales de este país —no es de ellos toda la culpa— Beethoven es un señor que escribió nueve sinfonías para que siglo y pico después las interpretara Herbert von Karajan, resulta una agradable sorpresa que la primera conmemoración del cercano CL aniversario del fallecimiento del autor de "Fidelio" haya sido la interpretación de sus Cuartetos, sector esencial de su música de cámara. Una sorpresa que no hay que agradecer a ningún estamento público, sino a una entidad privada, la Asociación de Amigos del Teatro Real, a la cual hemos de reputar, más que meritoria, heroica, si pensamos que lleva tres años organizando conciertos sin ninguna subvención oficial ni otro auxilio que sus propios medios. Teniendo además que luchar con quienes, en realidad, deberían apoyarla —les está descargando de trabajo—, y no hacen sino poner un sinfín de pegajos y dificultades administrativas, que han llegado incluso a dirigirse contra el nombre de la Asociación, por hacer mención

del Teatro Real sin permiso: al parecer aquí hay que rellenar impresos hasta para declararse amigo de algo.

Creo que la organización de estos seis conciertos con toda la obra de Beethoven para cuarteto de cuerda ha sido la actividad más significativa de esta Asociación a lo largo de toda su existencia. No sólo por la magnitud del empeño en sí, sino también por algo que está en el contenido de las obras programadas. Los Cuartetos de Beethoven pueden ser examinados desde diversos puntos de vista y ser objeto de muchas lecturas diferentes, entre las cuales una de las que más sugerencias despierta es la que ve el ciclo completo como testimonio de una lucha. Y no otra cosa es la subsistencia de la Asociación de Amigos del Teatro Real.

A esta lectura conflictiva de los Cuartetos beethovenianos ha contribuido decisivamente la interpretación del Cuarteto Amadeus. Sobre este grupo de auténticos especialistas en la materia, nada puedo decir que no sea subjetivo; frente a los partidarios de otras tal vez más sublimes, yo siempre he defendido la visión generosa y espontánea del Amadeus, con todas sus virtudes y defectos. Los fogosos ademanos del primer violín Norbert Brainin, que en el último movimiento de la última obra del último concierto —también es mala suerte— llegó a romper una cuerda, son los de un músico que se lo juega todo en cada interpretación. Y esto en los Cuartetos de Beethoven, y con palabras del propio compositor, es *mus sein*: es preciso. ■ JOSE RAMON RUBIO

Algunas verdades eléctricas

La Companyia Eléctrica Dharma ha vuelto a actuar en Madrid, después de su aparición el año pasado en el teatro Monumental. Han mejorado mucho desde entonces: han ganado en vida, en dinamismo, en fuerza expresiva. Parece que hubieran perdido el temor a no ser comprendidos, y que se hubieran puesto a tocar en Madrid del mismo modo que lo hacen en los pueblos de la costa catalana, durante las fiestas y celebraciones del estío.

El Dharma, según la filosofía búdica, es la Verdad, la Ley. Los muchachos de la compañía eléctrica proclaman una verdad que dista mucho de las nebulosidades orientales: han conseguido, utilizando como base los hallazgos del "free jazz" y del "jazz-rock", crear una música auténticamente mediterránea, que revela un espíritu propio. La tenora —instrumento de insospechables posibilidades— da un cariz colorista catalán a la música de la Dharma, pero se yuxtapone a éste un elemento más puramente mediterráneo, africano casi. La Companyia Eléctrica Dharma reentronca con una tradición de mares, islas, sol y vino, tan lejano del budismo como del "jazz" neoyorquino: hacen una música dionisiaca, donde el sexo y la embriaguez adquieren un papel preponderante. Recuerdan el ambiente que pone en sus "comic" el joven dibujante Jorge Hernández.

Más allá de su significado colorista, la Companyia Eléctrica Dharma ha sabido crear, en los tres días que ha actuado en Madrid, un ambiente sonoro que ha desbordado incluso las posibilidades del teatro Barceló donde tocaban, y que ha sorprendido incluso a los propios organizadores de sus conciertos: han desarrollado con su música un espacio nuevo en el teatro, un espacio definido por las bisectrices de la libertad, de la juega libre. Así como en su anterior concierto en el Monumental estuvieron fríos y desangelados, como si tocasen a la fuerza, ahora han trabajado con ganas, y han sabido transmitir su entusiasmo al público. ■ E. H. I.